

RESEÑAS

La «voluntad de poder» del Imperio Español

«Reseña» a Roca Barea, María Elvira (2017), *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. Madrid: Siruela, 479 páginas.

José Manuel Rodríguez Pardo

(Universidad de Oviedo)

El año 2016, justo tras el fallecimiento de Gustavo Bueno, vio un verdadero hito en la reciente historiografía española, que sólo encuentra parangón en la publicación de *Los mitos de la guerra civil* de Pío Moa en el año 2003: la publicación del libro *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. La obra ha conocido numerosas reediciones (hemos contabilizado unas diecisiete, y la que aquí reseñamos es la octava, del año 2017). Recientemente, este mismo año y en la misma editorial, gracias a su tirón propagandístico, ha publicado otro libro, en este caso de ficción, *Seis relatos ejemplares, seis*, siguiendo la estela de otros historiadores a la hora de incursionar en otros géneros literarios ya no ensayísticos sino de ficción. Una trayectoria realmente meteórica, que ha propiciado miles de ventas y que exhibe un planteamiento novedoso y aparentemente rompedor respecto a los tópicos negrolegendarios, que aún se mantienen en la historiografía sobre España.

La autora de la obra, la hace dos años totalmente desconocida María Elvira Roca Barea (1966), formada en la Universidad de Harvard como otros ilustres personajes (tal es el caso del anterior Presidente de los Estados Unidos del Norte de América, Barack Obama), según confesión propia se mantiene alejada del catolicismo militante, tan habitual sin embargo en quienes realizan obras apologéticas (como presumtamente sería esta) del pasado imperial español: «No tengo vínculo de ninguna clase con la Iglesia católica. Pertenezco a una familia de masones y republicanos y no he recibido una educación religiosa formal», y pese a no compartir con el catolicismo muchas de sus máximas morales, admira dos principios católico-romanos: «que todos los seres humanos son hijos de Dios, si lo hubiera, y que están dotados de libre albedrío. Es extraordinario que la Iglesia católica jamás haya coqueteado con esa idea aberrante, madre de tantos demonios, entre ellos el racismo científico, que es la predestinación» (16-7).

Sin embargo, ya en la página 13 señala el periodista Arcadi Espada, en su Prólogo a la primera edición de la obra, una contradicción muy llamativa, que será una constante en esta obra: «Solo hay una leyenda negra y es la española. Rechace imitaciones. Este es el mensaje, cargado de beligerancia, conocimiento y ardor, que M.^a Elvira Roca Barea transmite a los lectores de este libro excepcional. Una historia de España, y por tanto también del Imperio, escrita por el dorso». Y es que justo después, en la página 14, Espada realiza una sorprendente alusión, para negar la presunta «excepcionalidad» española: «Este libro da numerosos ejemplos de hasta qué punto no hay nada al margen de algo. Ni siquiera la obstinada indolencia con que España ha reaccionado a las mentiras que han proyectado los otros sobre ella es estrictamente característica. Los Estados Unidos reacciona hoy ante la imperiofobia en parecidos términos a cómo lo hacían los españoles del siglo XVI y del XVII... y a cómo siguen haciéndolo. La diferencia es que los Estados Unidos es el imperio más poderoso que ha conocido la humanidad y España una nación trabada, cuya única relación con el imperio del pasado es, precisamente, esa indolencia ante los insultos y las falsoedades, mucho más peligrosa, como demuestra la crisis de deuda, cuando se proyecta sobre un organismo frágil». Estas confusas alusiones sobre la Leyenda negra y la «imperiofobia» realizadas por el prologuista, suponen todo un anuncio acerca de lo que nos vamos a encontrar en la obra de Roca Barea: un libro plagado de conceptos oscuros y confusos.

Asimismo, la propia autora, en la Introducción, nos da una serie de pistas sobre cómo va a enfocar su libro. Para Roca Barea el Imperio es, ante todo, una constante en la Historia de la humanidad: «Desde que tenemos noticia de nosotros mismos, vemos que los seres humanos han tendido a crear enormes estructuras sociopolíticas que llamamos «imperios». Si nos atenemos a la definición extensiva, un imperio es una organización política independiente que tiene al menos un millón de kilómetros cuadrados». Asimismo, al igual que el Homo sapiens dominó al Neanderthal gracias a su capacidad de organización grupal, Roca Barea sustenta el imperio en una constante antropológica: «Partamos del axioma de que el ser humano no es por naturaleza suicida y de que tiende a obrar en su mayor beneficio. Si esto es así, alguna ventaja ha debido hallar nuestra especie en estas macroestructuras políticas. De otro modo no se entiende que hayan surgido una y otra vez, siglo tras siglo y en todo el planeta». En resumen, el imperio es una constante antropológica dentro de la Historia de la Humanidad, una tendencia común a los hombres de cualquier latitud (15-6).

Asimismo, ya sugiere que lo que tradicionalmente se denomina como «Leyenda Negra» va a ser considerablemente alterado en su obra, y subsumido tal concepto en otro mucho más amplio, la imperiofobia: «A este misterio hay otro que lo acompaña. Lo podemos llamar leyendas negras o imperiofobia. La primera expresión tiene la ventaja de aludir a la naturaleza evanescente y escurridiza de estos prejuicios, y la segunda, de poner de relieve que se trata de una clase especial de prejuicios, mejor organizados y promovidos, al menos en su origen, que los otros. Los españoles hemos creído durante décadas que este enojoso

asunto era un rasgo exclusivo de nuestra historia. Nada más lejos de la realidad. Las leyendas negras son como el principio de acción y reacción de la física aplicado a los imperios. Nuestro propósito con este libro es comprender por qué surgen, qué tópicos las configuran y cómo se expanden hasta llegar a ser opinión pública y sustituto de la historia» (16).

1. UN LIBRO PLAGADO DE CONCEPTOS OSCUROS Y CONFUSOS.

Así, en la Primera parte: «Imperios y leyendas negras: la inseparable pareja», analiza el sintagma «Leyenda negra» contraponiéndolo a la «leyenda áurea» citada en la *Legenda sanctorum* o *Legenda aurea* del dominico Santiago de la Vorágine (1230-1298), una colección de hagiografías (23). Roca Barea cita la expresión «Leyenda negra» como originaria de 1893, en el francés *legende noir*, aunque reconoce que su uso pronto se circunscribe a «la Leyenda negra de España», por utilizar el título de la conferencia que ofreció Vicente Blasco Ibáñez en Buenos Aires en 1909, que junto a Emilia Pardo Bazán son los principales responsables de su rápida popularización y que conducirán al libro ya clásico de Julián Juderías, *La leyenda negra*, ya sin adjetivar como «española». Según Roca Barea, la palabra «leyenda» se vincula con las guerras de religión y el protestantismo, precisamente remitiéndose a las leyendas del *Legenda sanctorum*: «Los santos y mártires de la Reforma eran reales, mientras que los santos y mártires católicos no eran más que personajes de cuentos» (28).

Pese a todo, afirma Roca Barea que «la expresión admite ser aplicada a otras situaciones, y así la encontramos referida a los rusos, estadounidenses, otomanos... Y no solo a los imperios: vale para personajes y hechos diversos. Ahora bien, cuando se habla de leyenda negra rusa o japonesa o napoleónica, la expresión se entiende por referencia a nuestra historia y a nuestra leyenda, en español y en otros idiomas. Es necesario añadir el adjetivo "rusa", "japonesa" o "napoleónica". De otro modo la frase refiere de forma automática a España» (29). De hecho, la definición de Juderías, pese al análisis de la autora, hace referencia más a un método que a un relato: «descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y colectividad, la negación o por lo menos la ignorancia sistemática de cuanto es favorable y hermoso en las diversas manifestaciones de la cultura y del arte, las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado sobre España fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad» aunque Barea prefiera la del norteamericano William S. Maltby, «la opinión según la cual en realidad los españoles son inferiores a otros europeos en aquellas cualidades que comúnmente se consideran civilizadas» (30). Sin embargo, a lo largo de *Imperiofobia y leyenda negra*, Roca Barea no duda en desvirtuar su significado. Y es que a la hora de señalar ejemplos de lo que denomina tan genérica y difusamente «imperiofobia», no parece importarle que lo estadounidense, romano o ruso sea raquíntico, frente a la avalancha negrolegendaria española...

Curiosamente, tras criticar a Ricardo García Cárcel (a quien sin embargo sigue en su hilo argumental) sobre la inexistencia de la Leyenda negra, afirma que «Resulta difícil negar la existencia de algo que tiene nombre propio en varios idiomas. Si sentado en un aula universitaria londinense, danesa o rusa alguien dice “leyenda rosa”, tendrá que explicarse y decir a qué se refiere. En cambio, si dice “leyenda negra” no tendrá ni siquiera que ponerle un gentilicio. De hecho, Bretos y García Cárcel no titularon su obra *La leyenda negra española*, sino *La leyenda negra*, porque la leyenda negra por antonomasia es la española y no necesita especificaciones, ni en español ni en otras lenguas» (36). Sin embargo, tras esta defensa exhaustiva, se contradice en el punto siguiente al hablar de la «imperiofobia» (que, por cierto, nunca define con exactitud, al igual que cualquier término que pasa por el libro) diciendo que «Nuestro objeto de estudio es la imperiofobia, esas leyendas negras [sic] que acompañan a los imperios casi como una parte constitutiva de estos, y muy particularmente la española» (39).

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿La leyenda negra es exclusivamente Leyenda Negra en un sentido idiográfico, o hay varios tipos de «leyendas negras», como sostienen el criticado García Cárcel u otros? Roca Barea se desliza inequívocamente por la segunda opción. Y, pese a que el libro sea, en apariencia (luego veremos que realmente no lo es), un libro de combate contra las opiniones injuriosas que recibe España, no se sabe muy bien qué es lo que combate, por su carencia de conceptos y teorías claros. «Pensar es pensar contra alguien», decía Gustavo Bueno, y si no sabemos quién es ese «alguien» no podemos pensar contra él...

Y es que Roca Barea, pese a que la voluminosa parte de su trabajo dedicada a la Leyenda Negra es muy notable, la desvirtúa completamente por su carencia de rigor conceptual (tan sólo cabría citar el concepto de Leyenda negra, que toma de Juderías y Maltby, esto es, no es suyo, para evitar refrendar nuestro juicio de que la autora carece de ideas abstractas) a la hora de citar fantasmas gnoseológicos como la «imperiofobia», las «leyendas negras» o los «imperios inconscientes», sacados *ad hoc* de generalizaciones sobre algunas cualidades extraídas al azar, que luego son desmentidas por otras referencias empíricas. Podríamos diagnosticar el libro *Imperiofobia y leyenda negra* con aquella caracterización que usaba Gustavo Bueno para afirmar que algo no tenía consistencia ni asidero: es un libro que «no tiene una sola idea abstracta».

En otro de los trabajos que hemos publicado en esta revista, hemos señalado que hay en diversas disciplinas aquello que Rickert denominó como conceptos idiográficos, esto es, irrepetibles, que sin embargo no suponen la negación de ciertas cualidades abstractas, cierta normatividad. Bueno denominaba como totalidades *joreomáticas* a aquellas que estaban compuestas de partes cambiantes, incluyendo a totalidades de carácter idiográfico, sin que la totalidad quede comprometida por ello: «El "conjunto de los papas del Renacimiento"

constituye una totalidad atributiva joreomática, en la que cada elemento debe desaparecer para que otro aparezca como elemento de la clase (la misma regla a la que se sometía el ave Fénix, con la diferencia de que las apariciones del ave Fénix no envolvían diferencia de sustancia, sino que suponían identidad sustancial entre el cuerpo del ave viva, sus cenizas y el nuevo elemento viviente que renacía de ellas, mientras que a los papas del Renacimiento se les reconoce una identidad sustancial interindividual» (Bueno, G., 2012, 2).

De idéntica manera, la Leyenda Negra es una totalidad *joreomática*, cambiante, sin que por ello deje de ser Leyenda negra. Precisamente, cuando uno lee a Julián Juderías, se aprecia que la temática de la Leyenda negra va variando desde sus orígenes hasta su presente del año 1914: desde la crítica al pasado imperial español, pasando por la consideración de una España atrasada frente a Europa en tiempos ilustrados y a su consideración como una suerte de Arabia europea, lo que denomina Juderías como «la España novelesca y fantástica» (un aspecto que, muy sintomáticamente, Roca Barea ni menciona en su libro). Pero la Leyenda Negra como tal sigue existiendo en vida de Juderías, pese a que sus tópicos hayan ido transformándose.

De hecho, cuando Roca Barea habla de «Roma y su leyenda negra», señala que «El estudio del mundo romano nos ha permitido establecer un modelo básico de lo que en este ensayo llamamos imperiofobia, un fenómeno casi universal que puede considerarse desde muchos puntos de vista: como propaganda, como complejo social, como prejuicio racial y de otros muchos modos. Pero indiscutiblemente presenta una fisonomía semejante por encima de los siglos y las circunstancias, y una pauta de evolución equiparable en los distintos imperios» (69), por lo que ese concepto (o más bien pseudoconcepto), producto de una vulgar generalización de una serie de rasgos empíricos supuestamente comunes («Imperio Inconsciente», «Barbarie, crueldad e incultura», «Sangre mala y baja», &c., afirma en la página 121) no tiene el mismo formato lógico que el concepto de Leyenda negra; es una totalidad distributiva, o también denominada *pleromática*, donde las características de la misma se mantienen homogéneas: las «leyendas negras» son modulaciones de un presunto modelo genérico iniciado en Roma. Por ello, Elvira Roca cae en una considerable indigencia intelectual al equiparar la Leyenda Negra a una mera modulación de la imperiofobia.

Porque, no nos engañemos, afirmar que la Leyenda Negra sea un concepto claro y distinto, oscuro o confuso, nomotético o idiográfico, no es una mera cuestión teórica que sobrevuelen el material historiográfico, un «yo combato, que teoricen otros». Es el *quid* de la cuestión para ver si el libro de Roca Barea está bien edificado o es simplemente un libro de combate en contra de no se sabe muy bien qué, un disparo sin apuntar (bajo el riesgo de convertirse en «fuego amigo»), un *totum revolutum* donde se mezcla Leyenda Negra, imperiofobia, prejuicios hispanófobos o el supremacismo racial anglosajón frente a los pueblos mediterráneos o «latinos».

Porque, y esta es una cuestión fácilmente deducible de la respuesta que ofrezcamos, lo primero que hay que aclarar con exactitud es si hay Leyenda Negra o no: si la Leyenda Negra es «la» Leyenda Negra, esto es, solo hay Leyenda Negra española y es redundante adjetivarla, entonces toda la relación con la imperiofobia es innecesaria y confusa; si, por el contrario hay diversas «leyendas negras», tantas como imperios que en el mundo han sido, entonces en rigor no cabe hablar de Leyenda Negra respecto a España como algo distintivo. Como afirma Ricardo García Cárcel para negar la Leyenda Negra, a quien sin embargo pretende refutar Roca Barea, los relatos denigratorios de unos pueblos sobre otros, especialmente si eran dominados, han sido moneda común a lo largo de la Historia: «La caracterización peyorativa de lo ajeno es tan antigua como el hombre. Efectivamente, el hombre desde la más remota antigüedad ha tendido a diferenciar los integrantes de su propia comunidad respecto a "los otros", los diferentes, los distintos, que casi siempre han suscitado juicios adversos — bárbaros, salvajes, primitivos— juicios que han intensificado su agresividad cuando de simplemente diferentes, por conflictos de intereses, han pasado a ser contrarios. El francés Montaigne en el siglo XVI se avergonzaba de sus compatriotas por su "manía de escandalizarse" ante lo foráneo [...] Como testimonio de la xenofobia de los países, conviene recordar el *droit de l'auboinne*, un derecho feudal francés por el que cuando un extranjero muere, el rey o el señor feudal heredan buena parte de sus bienes o la ley vigente en Inglaterra hasta 1870 por la que un extranjero no puede adquirir ni heredar casa» (García Cárcel, R., 1998, 16).

Además, no por casualidad, Roca Barea plantea el problema del rótulo de su libro, *Imperiofobia y Leyenda Negra, in recto*, esto es, desde sus primeras páginas señala estos conceptos a partir de unos rasgos empíricos, para después simplemente añadir decimales a base de acumular un copioso y notable material historiográfico como presunta prueba de sus tesis iniciales. Así, tras hablar de las «leyendas negras» de Roma, Estados Unidos y Rusia, Roca Barea define la imperiofobia: «Esta es una clase particular de prejuicio de etiología racista que puede definirse como la aversión indiscriminada hacia el pueblo que se convierte en columna vertebral de un imperio [...] La imperiofobia es una forma de racismo que no se basa en la diferencia de color o en la religión, pero se apoya en ambas [;?]» (119).

Así, los Estados Unidos «ha hecho de la lucha contra toda forma de discriminación racial, también en su interior, una de sus banderas. El rechazo al negro o al judío, por el hecho de serlo, fue tan reiteradamente criticado y condenado que hoy nadie en su sano juicio puede decir en voz alta una frase racista, y si lo hace, caerá sobre él la mayor condena moral y social, e incluso incurrirá en un delito penado por la ley. Otra cosa es que el antisemitismo o los prejuicios contra la gente de piel oscura hayan desaparecido. Existen y seguirán existiendo. El prejuicio es funcional en una sociedad y esto garantiza su capacidad para perdurar» (119-20). Se le olvida a Roca Barea que esa tendencia a condenar los insultos raciales proviene precisamente de quienes más los promovieron en tiempos, esto es, los

británicos y los norteamericanos, y tiene un nombre: pensamiento políticamente correcto, vulgar tiranía a la que nos vemos sometidos precisamente quienes nunca fuimos racistas, y usada como arma arrojadiza por los principales responsables del racismo anglosajón. En rigor, parte de esa Leyenda Negra que fue instrumentalizada por los norteamericanos al igual que por los británicos.

Asimismo, esta imperiofobia es «el racismo que desarrollan los pueblos que ocupan una posición subalterna con respecto al pueblo que desencadena un proceso imperial y lo sostiene. Molesta sobremanera saberse en la segunda división de la historia y, en cierto modo, subsidiarios y dependientes. Este complejo de inferioridad es el que busca su alivio en la imperiofobia. Hay que disminuir la talla del pueblo imperial, y como no es posible agarrarse a las condiciones materiales de su existencia, es necesario demostrar que son espiritualmente inferiores. El racismo tiene siempre una connotación de inferioridad moral e intelectual. Los griegos ya encontraban a los romanos poco dotados intelectualmente, y la misma opinión tuvieron los italianos de los españoles, y los polacos y los checos de los rusos. Ahora mismo, una parte grande de la humanidad, sobre todo europea, está convencida de que los estadounidenses, además de medio tontos, son unos ignorantes [?]» (120). Nuevamente nos encontramos ante una definición endeble, donde la autora divaga sin clarificar nada, ni siquiera por qué los imperios que ella cita y no otros sufren la imperiofobia. El Imperio Británico no la sufre, pero Roca Barea no ofrece explicación ni motivo alguno por el que se evada del fenómeno...

Asimismo, «El imperio en auge tiene que colisionar en su expansión física o cultural con un grupo que posea al menos dos características: una oligarquía poderosa y una clase intelectual de cierta solidez. [...] Dicho en otros términos: la imperiofobia la crea una élite intelectual, que es la que le da forma y prestigio» (121). Así, desde esta teoría elitista que tiene reminiscencias orteguianas, comienza a teorizar sobre el Imperio y otros conceptos, aunque de forma tan acrítica y meramente empírica y enumerativa, que realmente nos encontramos con una ausencia total de conceptualización.

2. IMPERIOS «CONSCIENTES» E «INCONSCIENTES».

Allá por el año 1999 publicó Gustavo Bueno *España frente a Europa*, libro en el que constató por aquel entonces el «Mínimo prestigio del término "Imperio" en el presente y prestigio máximo del término "nación"» (Bueno, G., 1999, 173-4). No obstante, en dos décadas el Imperio ha sufrido una considerable y diríase que sorprendente puesta en valor. Una de las pruebas inequívocas es el libro de Roca Barea, pero también el que ella cita, publicado por Henry Kamen en 2003 bajo el título de *Imperio. La forma de España como potencia mundial*. Obra que es criticada por Barea, ya que según la autora, tanto al británico y a otros historiadores les falta rigor conceptual acerca del Imperio: «Siempre es conveniente antes de empezar, definir el objeto histórico que se está estudiando, porque las

confusiones que se derivan de obviar esta profilaxis son graves. El imperio es una realidad histórica cuyo estudio vive en un mar de confusiones. Hay miles de obras sobre imperios que ni siquiera tratan de definirlo. Imperio es cualquier cosa que así se llama, y por tanto no cabe extrañarse de que un profesional de la historia de prestigio internacional compare los territorios ingleses de América con el Imperio español americano sin percibir la imposibilidad de igualar ambas realidades» (343). Pero lo cierto es que Roca Barea, al igual que le sucediera al británico nacido en Birmania, carece de conceptos claros para hablar del Imperio Español y de cualquier otro imperio realmente existente. Lo cual reconoce la propia autora, pues señala que «tenemos que precisar mínimamente qué es un imperio, lo que dista mucho de ser cosa fácil de definir» (39). Veamos qué alternativas aporta Roca Barea...

Su primera definición de imperio o *imperium* proviene principalmente de Roma: «A. H. M. Jones definió *imperium* como «the power vested by the state in a person to do what he considers to be in the best interest of the state» [el poder dado por el Estado a una persona para que haga lo que considera mejor para el Estado]. En el periodo arcaico *imperium* es un mandato que moviliza al ejército emitido por un magistrado *creatus cum imperio* según la viejísima *lex curiata de imperio*. En consecuencia, designaba la capacidad y el derecho de una persona o varias para tener el mando militar» (39).

Y continúa, al detectar que hay una «ampliación de sentidos desde el siglo III hasta el siglo I a. C., hasta llegar a tener un valor territorial. Al menos desde la segunda mitad del siglo I a. C., *imperium romanum* se usa con el mismo sentido que hoy día tiene «imperio romano» [...] Dos parecen ser las notas dominantes en la noción de imperio a simple vista: poder y extensión territorial. Los imperios son notablemente más extensos que las formas de organización política y social que los preceden» (40).

Pero la autora no tarda en mostrar su falta de claridad, desdiciéndose de su definición inicial, al señalar que «El hecho es que hay grandes dificultades para distinguir entre estado e imperio y que solo la mayor extensión territorial de este parece ofrecer un rasgo distintivo firme, pero naturalmente la extensión es una realidad muy elástica y no parece que vaya al meollo de la diferencia. ¿Es un imperio como un estado pero mucho más grande? ¿Cuánto de grande? ¿Es la diferencia de tamaño una de esas diferencias cuantitativas que se transforman en cualitativas?» (41). Y es que «la idea de que los pueblos forman estados, y los estados, imperios, se debe rechazar porque es una absoluta simpleza que la realidad contradice a cada paso» (43).

En realidad, según Roca Barea, una diferencia fundamental entre estado e imperio es que «este último lo forman gentes diversas que antes de que el imperio existiera tuvieron nada o muy poco que ver. El estado se forma por unión de pueblos (siempre a impulsos de uno) [sic] que arrastran una larga historia de intercambios y relaciones, no sin tanteos, ensayos e intentos fallidos, mientras que los imperios colocan repentinamente [sic] bajo una misma

regla a gentes que apenas han tenido relación previamente. En este sentido se les puede considerar como pasos de gigante en el proceso de globalización, y en cualquier caso en espacios que han ampliado la perspectiva de generaciones enteras y la han proyectado a nivel mundial o, cuando menos, continental» (43-4). Asimismo, niega su vinculación al imperialismo acuñado por Hobson y Lenin para condenar los males del capitalismo, lo que considera una fuente de la «imperiofobia»: «La confusión de "imperialismo" e "imperio" en todas las lenguas de nuestro entorno nos lleva a dos reflexiones en principio. Primeramente, que la comprensión de esos fenómenos humanos enormes que son los imperios hace más de un siglo que está lastrada por la contaminación ideológica, y que la condena moral que subyace, a veces hasta en los más asépticos trabajos académicos, impide un estudio honrado y libre de prejuicios» (46).

Sin embargo, más tarde se descuelga con afirmaciones rarísimas, pues citando a otro autor de una larga lista señala el concepto de «imperio informal», refiriéndose «a una forma de dominio que no es ni política ni militar. Es pura hegemonía e influencia. Tal fue la forma de control que España desarrolló para tener bajo su poder la ciudad de las ciudades. Dandelet destaca la sorprendente originalidad de la política que creó Fernando el Católico para la ciudad de los papas y con qué constancia fue mantenida por sus sucesores. España, un imperio esencialmente territorial, comprendió muy pronto que necesitaba desarrollar otras formas de imperio y que el dominio político y efectivo no servía para Roma. El propio Dandelet compara la hegemonía estadounidense con lo que él llama imperio informal de España» (48)

Asimismo, los británicos van hacia «un mínimo dominio territorial y un máximo de explotación comercial. No obstante lo dicho, se ha de reconocer que el Imperio británico en su segunda versión es todavía territorial, aunque mucho menos que el Imperio español. Lo es también el Imperio ruso que coincide en el tiempo con el estadounidense. Está por verse qué camino tomará el Imperio ruso en este siglo, pero no es nada aventurado suponer que pronto escribirá un nuevo capítulo. Hay ya algunos ensayos interesantes sobre el nuevo modelo de imperio que los rusos están creando ahora mismo. Siguiendo con el asunto del control territorial y los imperios, no se puede obviar a China, una nueva versión de imperio mundial no territorial que estamos viendo levantarse delante de nuestros ojos» (48).

Incluso más adelante, nos encontramos con que Barea defiende la misma definición de Imperio de Henry Kamen en su famoso libro de 2003, señalando que un Imperio no lo forma un solo pueblo sino muchos, aunque integrándolos en el proyecto imperial: «Hemos escrito "se convierte en columna vertebral" y no "levantado o creado" con toda intención, porque ningún pueblo crea un imperio él solo. El imperio es por definición multinacional. Cuando el argumento del Imperio Inconsciente busca su justificación, la encuentra efectivamente en el hecho de que el pueblo imperial nunca trabaja aisladamente. Es muy cierto porque el imperio cuenta —tiene que contar— con los pueblos con los que tropieza

en su expansión. Los integra y se mezcla con ellos y es imperio en la medida en que consigue hacer estas dos cosas. Hay otras formas de expansión territorial, sin integración y sin mezcla de sangres, a las que se llama imperio espuriamente y sería muy conveniente encontrar un nombre distinto, porque son en esencia un fenómeno histórico distinto del imperio [SIC]» (119). La definición «territorial» de imperio se desdibuja así por completo, tanto que una gran extensión territorial por sí misma no tiene por qué constituir más que un estado de gran extensión, como Brasil o el Canadá actuales.

Es decir, que Roca Barea van cambiando su definición según encuentra nuevos datos empíricos: primero es el dominio sobre una extensión territorial de al menos un millón de kilómetros cuadrados (es decir, se convierte en un estado gigantesco, aunque Barea no explica qué diferencias puede haber, atendiendo al criterio de la extensión territorial, entre estado e imperio; Brasil o Méjico en la actualidad serían en rigor imperios según semejante concepto), luego matiza que puede ser más, y luego admite que hay una visión «no territorial» de imperio. Ergo, carece de definición de lo que sea un imperio, la va diseñando *ad hoc* según le aparecen nuevas situaciones, sin criticar ni asumir las anteriores, reculando y avanzando. Asimismo, la «leyenda negra» que siempre acompaña a los imperios, una propaganda antiimperial imperiofóbica, «Proyecta las frustraciones de quienes las crean y vive parasitando los imperios, incluso más allá de su muerte, porque segregá autosatisfacción y proporciona justificaciones históricas que, sin ella, habría que inventar de nuevo» (50).

En realidad, Roca Barea, que como vemos no supera la falta de conceptos de los autores a los que critica, como Kamen, oscila entre la acepción primera de Imperio que señala Gustavo Bueno, la del imperio como mera capacidad subjetiva del emperador, «un concepto que sólo puede conformarse con sentido político en segundo grado, una vez dada la sociedad política» (Bueno, G., 1999, 185) y la acepción segunda de Imperio de Bueno, que «significará algo muy próximo a "ámbito" [...] que está delimitado, precisamente, por el imperio subjetivo, por el poder y por la autoridad militar» (Bueno, G., 1999, 188). Es decir, que el proceso de formación de los imperios, según Roca Barea, es una suerte de *hybris* que abarca cada vez más territorio, incluyendo a pueblos cada vez más diversos entre sí (una «multinacional», por citar a Henry Kamen), opuesta a la *hybris* de los dominados, al menos implícitamente.

Es decir, una suerte de lucha de «voluntades de dominio» o «voluntades de poder» de colectivos diversos enfrentados entre sí a lo largo de la Historia, unos con sus proyectos para formar un imperio y otros con sus frustraciones y «chivos expiatorios» o «leyendas negras» proyectados sobre los imperios. Una perspectiva psicologista donde parece que la propaganda imperiofóbica no necesitase de poderosos instrumentos, que sólo pueden ser facilitados por imperios rivales al que sufre la propaganda negativa (la dialéctica de estados e imperios como motor de la Historia Universal, y no simplemente «la Humanidad»). En el

caso de España, la Leyenda Negra pergeñada por la *intelligentsia* protestante no hubiera superado el nivel de los conciliábulos y las conspiraciones de salón sin la acción directa de Inglaterra y Holanda, principalmente.

Sin embargo, los postulados de Roca Barea que apelan a esta «voluntad de poder», en este caso del Imperio Español, frente a la «voluntad de poder» de los pueblos dominados, acaban consistiendo en reducir los proyectos imperiales, desarrollados a la escala de varias centurias, (no «repentinamente», como dice que se forman los imperios) a aquella famosa sentencia de Hobson sobre el imperialismo como «una forma depravada de la vida nacional», sólo que ahora, sin abandonar el significado etológico o meramente antropológico, sería algo positivo, «un gran salto para la Humanidad».

Esta confusa definición imperial sería fácilmente corregible apelando a la definición diapolítica de Imperio, esto es, la de un Estado que codetermina al resto de las sociedades políticas de su entorno. Literalmente, «un sistema de Estados mediante el cual un Estado se constituye como centro de control hegemónico (en materia política) sobre los restantes Estados del sistema que, por tanto, sin desaparecer enteramente como tales, se comportarán como vasallos, tributarios o, en general, subordinados al "Estado imperial"», [...]» (Bueno, G. 1999, 189-90). En consecuencia, la subordinación de una sociedad política a un Imperio no implica un dominio territorial directo, por anegación en un nuevo Estado, sino de alguna manera ser reorganizado por el Imperio de referencia (recordemos la famosa fórmula de los «países satélites» de la URSS para designar a las democracias populares socialistas de Europa del Este, surgidas tras la Segunda Guerra Mundial). Así sería mucho más sencillo «homologar» los distintos Imperios que en el mundo han sido, sin enredarse con la territorialidad o no territorialidad... Como vemos, apelar a esta última definición de Imperio resuelve todo el galimatías generado por la autora.

El psicologismo de Roca Barea se manifiesta en situaciones tales como la definición de «Imperio inconsciente», que aparece a la hora de hablar de Roma o de Rusia, que se puede resumir en la incógnita siguiente: «¿fue el Imperio romano una máquina de poder creada de manera consciente y deliberada, o se vieron los romanos más o menos empujados por diversas circunstancias históricas a hacer un imperio?» (51-2). Idea que sostienen, según la autora, los ilustrados respecto a Rusia, «un imperio tan inconsciente como lo fue Roma o España» (104). O cuando cita a Henry Kamen, pues en su libro *Imperio* (2003) «procura demostrar que el Imperio español nunca existió, ya que en cualquier situación histórica es posible ver que hay más gentes de otras naciones que españoles. En realidad, con esto señala una de las características fundamentales de los imperios: ser un *totum revolutum* de gentes diversas y en bastantes ocasiones desclasadas, o sea, una meritocracia» (57).

En cambio, para Roca Barea España fue un imperio «consciente», o mejor un imperio diferente de lo que se ha dado en llamar «colonialismo», pues no sólo «jurídicamente

hablando, el Nuevo Mundo nunca fue colonia de España y que sus habitantes indígenas fueron tan súbditos de la Corona como lo eran los españoles peninsulares [...] El imperio se distingue del colonialismo y otras formas de expansión territorial porque avanza replicándose a sí mismo e integrando territorios y poblaciones. El colonialismo en cambio no. El mantenimiento de la diferencia entre colonia y metrópoli es su esencia. Eso se manifiesta en multitud de aspectos. Por ejemplo: la libre circulación de personas. La historia de España y las Indias tiene que ser absolutamente violentada desde sus cimientos para encajar en ese molde, que es un modelo del expansionismo decimonónico cuyo diseño había empezado en el siglo XVIII. Aplicado con retroactividad, no produce más que distorsión. Es incomprensible que los profesionales de la historia usen la palabra "colonia" en contextos que en modo alguno pueden admitirla» (294-5).

Así: «El mejor antídoto contra el tópico del Imperio Inconsciente en América quizá sea su poblamiento y urbanización, que distó mucho de ser un proceso azaroso o casual» (296) Pese a que Roca Barea encuentra rasgos distintivos del Imperio Español sobre otros, pareciera que al «Imperio inconsciente» se le opusiera un Imperio «consciente» (en este caso, España), cuando la presunta «consciencia» que pudieron alcanzar los hacedores del Imperio Español sólo pudo darse a lo largo de muchas generaciones que se guiaron, por *anámnesis*, respecto a modelos previos (el Imperio Romano, sin ir más lejos). El Imperio, en consecuencia, va mucho más allá de la mera «voluntad de poder».

3. BRILLANTE EXPOSICIÓN DE LA LEYENDA NEGRA... ESPAÑOLA.

Pese a su carencia de rigor conceptual, homologable a sus denostados Kamen o García Cárcel, la autora nos ofrece una exposición de la Leyenda Negra muy brillante, que podría sobrevivir sin el Frankenstein del resto de su obra; es más, el libro sería soberbio si no se insertase dentro de conceptos tan oscuros y confusos. De entre todo ello, no sólo destaca su crítica a los tópicos sobre la Inquisición española, la propaganda antiespañola en toda Europa o el problema de la conquista de América, sino también detalles puntuales como su denuncia del antisemitismo de Erasmo de Rotterdam, pues cuando fue invitado por el Cardenal Cisneros a ocupar una cátedra en la egregia Universidad que acababa de fundar, la de Alcalá de Henares, «En carta escrita a su amigo Tomás Moro el 10 de junio de 1510 explica su negativa con la famosa frase "Hispania non placet". Erasmo ha asumido el prejuicio humanista, tan abundantemente esparcido por los italianos, de que los españoles son un pueblo cuya sangre y cultura están mezcladas de lo moro y lo judío y, profundamente antisemita como era, rechaza España sin tomarse la molestia de conocerla» (162).

También destaca su análisis sobre la *Brevísima relación* de fray Bartolomé de Las Casas, uno de los pilares de la Leyenda Negra, obra propia de «la tradición secular de *disputationes in utramque partem*, un sistema de formación a base de polémicas en que se

educaron los hombres de la Iglesia durante siglos. [...] La *Brevísima* pertenece, por lo tanto, a un género literario cuya poética incluía las exageraciones por definición, y por eso no provocó escándalos en España, y sí lo que pretendía: polémicas y discusiones al más puro estilo mediterráneo. Aclarada la naturaleza del texto se debe precisar que, en su género, no es un producto de buena calidad porque sobrepasa los límites que el género polémico se impone a sí mismo. La hipérbole alcanza el disparate y sobrepasa con creces los límites de la difamación. Esto fue criticado por otros clérigos de la misma orden y de otras» (308). Roca Barea también encuentra el motivo fundamental que generó la Leyenda negra en Flandes: «La historia de los Países Bajos era la de los enfrentamientos de unos territorios con otros durante siglos. Como señala Parker, "la monarquía española dotó a los Países Bajos de unidad política permanente. En circunstancias normales esto hubiera dado lugar a una nación independiente y unida andando el tiempo". La precipitación de la oligarquía neerlandesa provocó una grave amputación del territorio que aún perdura y una situación de discriminación de unos neerlandeses con respecto a otros (los católicos), que se mantuvo durante siglos» (230).

No menos destacable es su crítica al mito de la Ilustración, otro de los jalones de la Leyenda Negra, donde España se supone que es un país carente de tan exaltado fenómeno dieciochesco; tales son los casos de Pierre Bayle o de Guillaume-Thomas Raynal: «En Raynal se manifiesta casi plenamente la nueva versión de la leyenda negra que la Ilustración va construyendo. España ya no es una agencia de Lucifer. Esto hubiera sido una superstición intolerable en el organigrama mental de la Ilustración. Ahora es sobre todo una tierra de ignorantes [...] La vida intelectual española ha muerto por efecto de la Inquisición. [...] Raynal, que además de un escritor frívolo era un hombre indocumentado, se propuso razonar [...] el daño con que la España conquistadora del Nuevo Mundo había lesionado la civilización, imponiendo despótica y cruelmente su dominio» (354). Y aunque denuncia la inquisición española, «Curiosamente Raynal no aboga por la desaparición de la Inquisición en Francia, bastante eficaz y activa en este siglo, como la propia experiencia de Raynal podía probar. En realidad ni siquiera la menciona. Cualquiera que lea a Raynal puede fácilmente llegar a la conclusión de que en Francia no ha habido nunca Inquisición, pero no es así. Montesquieu tampoco es ecuánime. Advierte contra el efecto nocivo que la Inquisición tiene tanto en lo económico como en lo cultural y pone como ejemplo a España y Portugal. A Francia no» (356) Asimismo, la famosa pregunta que Masson de Morvilliers «¿Qué se debe a España? Nada», que se hace en la *Encyclopédie Méthodique*, y tan respondida que fue en España, era la propia de «un escritor de tercera» utilizado como vulgar mamporrero, cuyos méritos y fama posteriores «jamás hubiera alcanzado por la bondad de su obra. Esto Morvilliers lo sabía» (358).

Asimismo, la Ilustración pone las bases de un racismo científico como argumentario de la Leyenda Negra en el siglo XVIII: «El conde de Buffon (1707-1788), considerado uno de los mayores naturalistas de su tiempo, escribió una *Historia Natural* en 44 volúmenes que

pretendía compendiar todo el saber humano sobre la naturaleza. Allí explica que América es un continente degenerado. Todo en él, animales y vegetales, es el resultado de la degeneración de las especies que han prosperado en el Viejo Mundo. [...] Acorde con estas ideas, el abate Raynal escribió en la *Encyclopédie* que América no había producido ni un buen poeta, ni un matemático capaz ni un solo hombre de genio en arte o ciencia. El holandés De Pauw llegó todavía más lejos que Buffon. Para él era inevitable que aquella atmósfera provocase la degeneración progresiva de cuanto cayese en ella, asunto sobre el que Buffon dudaba. Los europeos idos allí, en cuanto desembarcaban, comenzaban a degenerar. La degeneración que América producía en toda forma de vida, especialmente la humana, quedaba patente para Montesquieu en los españoles. El barón considera que los españoles de América son notablemente inferiores a los españoles peninsulares. Es un destino común a todos los europeos: "Los pueblos del Norte, trasladados a los países del Sur, no han llevado a cabo tan bellas acciones como sus compatriotas, los cuales, combatiendo en su propio clima, disponían de todo su arrojo" (*Del espíritu de las leyes*, III, lib. XIV, cap. 2). En cambio, el padre Feijoo considera que los de aquí y los de allí son iguales, y para que no quepa duda los llama "españoles americanos"». (367)

Y esta referencia al Padre Feijoo le sirve para «poner en valor» la figura del benedictino ovetense, fundador del ensayo filosófico en lengua española. «No puede considerarse que Benito Feijoo sea una figura olvidada pero sí oscurecida, porque, siendo benedictino, no cuadra en el organigrama anticlerical de la Ilustración, una de sus señas de identidad más destacadas y queridas. Lo es porque permite igualar Ilustración y protestantismo, y alejar a Francia de su mundo natural, el católico-latino, para incluirla en el club de las naciones protestantes. Feijoo se definió a sí mismo como un "escéptico mitigado", lo cual no le causó problema ninguno con su orden ni con la Inquisición ni con las autoridades de su país. Feijoo no tiene prejuicios con los protestantes» (395-6). Un Feijoo que, como bien sabemos, alcanzó un éxito editorial extraordinario incluso para nuestra época, pues las más de 200 ediciones del Teatro Crítico Universal dejan en nada las 70 ediciones del *best seller* de la Ilustración oficial, *La Nouvelle Héloïse* (1761) de Rousseau.

Otra de las modulaciones de la Leyenda Negra que destaca Roca Barea es la que se produce en España tras la caída progresiva del Imperio en el siglo XIX: «La España del siglo XIX necesita de los tópicos de la leyenda negra como ninguna otra nación del mundo, porque solo así encuentra alivio y explicación a su propia situación» (436) Situación por otro lado normal, puesto que los imperios no pueden durar eternamente. «Lo que hay que preguntarse no es por qué el Imperio español se vino abajo en la primera mitad del siglo XIX, sino cómo consiguió mantenerse en pie tres siglos» (437), y es que el Imperio es «un esfuerzo formidable de invención [sic] y flexibilidad, de integración y estructuración social que no puede perpetuarse si no tiene un mínimo éxito, esto es, o el imperio ofrece más que quita a la mayoría o no durará. Y pensar que este estado de cosas tan anómalo, tan antinatural, puede durar eternamente, es razonar al revés. [...] Por el mismo proceso murió el Imperio

español, que, como suele ocurrir a los imperios, falleció de consunción interna, por debilidad aparejada al desgaste de los años, y no por razones exógenas» (440).

No menos destacable y muy bien trabajado dentro de *Imperiosofia y leyenda negra* es el estudio que Roca Barea realiza de la Leyenda Negra en los Estados Unidos, aspecto que demuestra conocer muy bien. Así, partiendo del ejemplo de la Guerra de Cuba, la autora analiza una dualidad muy sintomática: «Por una parte, dio ocasión a la última gran campaña hispanófoba y marcó una apoteosis de la prensa amarilla en Estados Unidos. Mas, por otra parte, ocasionó una reacción de rechazo a sus mentiras y a sus prejuicios hispanófobos. William Randolph Hearst en el *New York Journal* y Joseph Pulitzer en el *New York World* encabezaron una campaña de prensa coreada por *The Sun* de Charles Dana y el *New York Herald* de James Gordon Bennett. Su objetivo era convencer a la opinión pública de que era necesaria aquella guerra. Necesaria y justa. Sus procedimientos para fabricar al enemigo no difieren de los que ya hemos visto en procesos semejantes en Gran Bretaña u Holanda» (444).

Un signo de que la relación de los Estados Unidos con la Leyenda Negra es muy diferente a la del resto del mundo anglosajón: al fin y al cabo, España ayudó a trazar «el curso del Imperio», que diría Bernard de Voto, y Roca Barea demuestra un gran conocimiento de cómo las tendencias historiográficas (y, más importante aún, de la enseñanza de la Historia en Estados Unidos), han ido evolucionando, hasta mostrar un panorama cada vez más alentador en lo que a España se refiere. De esta manera: «Con el cambio de siglo y la guerra se produce un auténtico descubrimiento por parte de las zonas, digamos, yanquis de que hay una parte muy grande de Estados Unidos que es hispana y mestiza. Y comienza un interés que va creciendo lentamente por conocer ese mundo, al mismo tiempo que este se manifiesta cada vez con más fuerza dentro de las fronteras estadounidenses y los ambientes exclusivamente WASP (acrónimo en inglés de "blanco, anglo-sajón y protestante")» (450). La generación de Philipp Powell, el famoso autor de *Arbol de odio* (una de las fuentes principales de Roca Barea), propició un radical cambio de tendencia, de negativa a positiva, a la hora de valorar al Imperio Español en Estados Unidos y su decisiva influencia a la hora de conformar al «Imperio Nuevo»: ahora «Chinos, eslavos y sobre todo hispano-mestizos conforman un intrincado tapiz donde el componente WASP es solo uno más» (453).

No obstante, un detalle fundamental en el argumento de Roca Barea es que, pese a la caída del Imperio Español, la Leyenda Negra no ha desaparecido: «Las ilustraciones que acompañaban a las novelas que hicieron furor en el siglo XIX, con su villano español, su inquisidor, su dama en apuros, su castillo derruido, etcétera, se trasladaron al cine nada más aparecer. [...] El estereotipo del español, según nuestros textos escolares, literatura popular, cine y televisión, es el de un individuo moreno, con barba negra puntiaguda, morrón y siniestra espada toledana. Se dice que es, por naturaleza, traicionero, lascivo, cruel, codicioso y absolutamente intolerante. A veces toma la forma de un encapuchado

inquisidor, malencarado» (453). Esta supervivencia de la Leyenda Negra pese a que ha desaparecido el Imperio, que sigue lastrando a una España actual que sólo pide ser tratada como cualquier otra nación —o, como diría Juderías, «¿Puede ser más modesta la pretensión que algunos españoles abrigamos, suscribiendo las palabras de Morel Fabio? ¿Podemos pedir menos que una interpretación equitativa de nuestra historia y una apreciación justa de nuestro proceder?» (Juderías, J., 1917, 527)— constituye una falla considerable en el esquema «imperiofóbico» de la autora, que tendrá que explicar en el final de su obra.

4. DEL NACIONALISMO Y OTROS DEMONIOS.

Sin embargo, la exposición de la Leyenda Negra que realiza Roca Barea, ciertamente notable como decimos, está asimismo jalona de un buen número de pseudoconceptos. De hecho, una de las grandes hecatombes de su libro se produce cuando argumenta que la hispanofobia se convirtió en el fundamento de las naciones protestantes, y que tal fobia es el fundamento del «nacionalismo», opuesto al patriotismo como un sentimiento sano y natural: «Se confunden habitualmente el uno y el otro, pero no pueden ser más distintos. El primero [el patriotismo] es un amor generoso y sin posesión [sic], mientras que el segundo le dice al objeto de su amor "eres mía o de nadie; de ahora en adelante, yo decidiré cómo tienes que ser y lo que te conviene". El nacionalismo es enemigo siempre de la diversidad y confunde intencionadamente diferencias de opinión con la traición. Hay un último rasgo que los distingue. El nacionalismo suele servir de trampolín a un grupo que por medio de él consigue riqueza y engrandecimiento social, mientras que el patriotismo no reporta beneficios, sino más bien disgustos y esfuerzo. El uno es victimista por naturaleza y fabrica enemigos; el otro se muestra en sus sacrificios. Aunque suele ir el lobo disfrazado de cordero, estos tres rasgos suelen ser suficientes para diferenciarlos: el enemigo creado, la posesión y el provecho. El nacionalismo es una enfermedad que, como las tercianas, reaparece una y otra vez en Europa. A ella le debe la mayor parte de sus desgracias. La hispanofobia forma parte indisoluble de una buena parte de los nacionalismos europeos [...].» (225-6).

Como parece que el psicologismo le rinde prominentes frutos a la autora, continúa por la misma senda: ¿a qué patriotismo y a qué nacionalismo se refiere Roca Barea? ¿A qué patria y a qué nación? ¿Se refiere a «la Patria a quien sacrifican su aliento las armas heroicas, [...] aquel cuerpo de Estado; donde debajo de un gobierno civil estamos unidos con la coyunda de unas mismas leyes», como decía el Padre Feijoo distinguiendo de la pasión nacional o el amor a la patria particular que «en vez de ser útil a la República, le es por muchos capítulos nocivo: Ya porque induce alguna división en los ánimos que debieran estar recíprocamente unidos, para hacer más firme, y constante la sociedad común»? (Feijoo, B. J., 1777, 237-8) Pues entonces preferimos mil veces seguir al benedictino y leernos su «Amor de la Patria y pasión nacional», todo un ejemplo de preclara, exacta y limpia prosa al que Roca Barea

también elogia, que al Frankenstein pergeñado por la autora, donde todo se confunde y no se distinguen patrias del Antiguo Régimen de naciones modernas, naciones étnicas, históricas o políticas de naciones fraccionarias de otras naciones constituidas: todo es nacionalismo, y el nacionalismo es malo, es el demonio, igual que para el protestante el español es Lucifer. En realidad, no hay como decimos ni una sola definición, ni un solo concepto abstracto que hallar en este obsceno *totum revolutum*...

Otro de los aspectos controvertidos, en relación al tema del nacionalismo, es deslizar su argumentación hacia el pseudoconcepto de «neofeudalismo» o de «regresión feudal» que se produce cuando cae un imperio, según esta historiadora. Así, la reforma de Lutero propició, tal es el juicio de Roca Barea, la «regresión» de los territorios sacroimperiales al feudalismo (¿acaso no seguían siendo aún feudales en 1517?), y cuando cae el Imperio Español en Hispanoamérica, según su donoso escrutinio, sucedió lo mismo: «hago notar que los territorios de un imperio, cuando este se derrumba, pasan por una larga etapa de problemas sociales y políticos, y se ven arrastrados por toda suerte de tendencias disgregadoras que generan una enorme conflictividad. Y esto sucedió en Hispanoamérica y en España por igual. El feudalismo es el resultado de la caída del Imperio romano, esto es, del fracaso del Estado. Se genera automáticamente una situación feudal siempre que se produce esta quiebra estatal, porque el feudalismo no es más que la búsqueda de alianzas personales por encima de la ley. El mundo se vuelve demasiado inseguro para confiar en extraños. Consciente de que la situación de Hispanoamérica era pareja a la de Europa tras el fin del Imperio romano, Simón Bolívar dijo que era necesario dejar que América del Sur hiciera su Edad Media. De semejante manera, viven los Balcanes en un estado de angustia permanente. Las terribles guerras que allí se han comenzado tienen una relación directa con el final del Imperio otomano y el Imperio austrohúngaro. El Imperio español hizo durante varios siglos que el milagro *e pluribus unum* fuera posible, y cuando el imperio faltó, afloraron todas las diferencias de sustrato, que eran enormes, y lo que triunfó fue *ex uno, plures*» (347).

Una generalización totalmente ilícita, donde el feudalismo (que Simón Bolívar, apelando al «retraso histórico» que atribuye a España la Leyenda Negra, decía que tenía que suceder en la América independiente), que tampoco fue un modelo homogéneo (de hecho, el «modo de producción feudal» fue una generalización realizada por Marx a partir de la versión que el Conde de Saint Simon ofreció de la Historia de Francia), es convertido en el canon para explicar lo que sucede al caer un imperio: «Imperialismo o neofeudalismo», lema implícito que sin embargo, como podemos apreciar en la cita anterior, es desvirtuado por Roca Barea, que relaciona las recientes guerras balcánicas con el Imperio otomano y el Imperio austrohúngaro, para así librarse del problema de tener que ligarlas con su contexto exacto y actual, esto es, la caída de la Unión Soviética, que es tema demasiado complejo para quien dispara sin apuntar...

5. FINAL. LAS CONSECUENCIAS DE DISPARAR SIN APUNTAR.

Afirmaba Aristóteles que los presocráticos eran como una suerte de soldados que disparaban sin apuntar. Y esta metáfora es aplicable a la voluntariosa Roca Barea, quien pese a escribir notables páginas sobre la genuina Leyenda Negra, inspirada principalmente por los norteamericanos Philipp Powell y William Maltby, constantemente «acepta imitaciones» (contradicidiendo así la expresión del prologuista Arcadi Espada) y desvirtúa su significado al mezclarla con términos de su propia cosecha, más concretamente con la «imperiofobia». El Epílogo de su obra, titulado «Aquellos españoles y estos españoles» es sin duda la muestra más fehaciente de la confusión de la autora. Así, señala algo tan inexacto como que «Habría que pensar este asunto con mucho pormenor y mucho mimo porque la continuidad de nombres suele ser engañoso. Los españoles del siglo XIX no son en absoluto los del siglo XVII. El español del siglo XVII no habría buscado nunca un culpable para sus males que no fuese él mismo. Solemos considerar que España es un estado europeo que nació en la primera oleada de formaciones estatales, la del Renacimiento, pero, si bien se piensa, la España de hoy se forma en el siglo XIX, en la etapa postimperial y como parte desgajada de un organismo mayor. Con mucho tino dijo el historiador Juan Antonio Ortega que "España se independizó de sí misma"» (473).

Y es que «De vez en cuando estos españoles y los del otro lado del charco, a los que solemos llamar hispanos por costumbre, tienen como un ataque de orgullo [SIC], a veces ridículo, a veces nostálgico y siempre inútil. También los peninsulares deberíamos tener otro nombre que nos separara nítidamente a aquellos españoles [SIC]. Parece que los españoles siguen existiendo, cuando ni los hispanos ni los que llevan ahora este nombre son ya aquellos españoles. En verdad, también los españoles peninsulares deberían llamarse hispanos. Si trasladamos la situación a Roma se verá más claro. Ningún pueblo románico es romano. Los romanos ya no existen. En el siglo V ya no existían. Ni los portugueses, ni los italianos ni los franceses son romanos. Y los que así son llamados hoy día, los habitantes de la ciudad de Roma, no tienen nada que ver con aquellos romanos del imperio» (473).

No entendemos cómo la autora puede afirmar semejante dislate: la España de hoy está directamente relacionada con la del Imperio, porque su unidad se ha mantenido, no se ha disgregado como le pasó a la antigua Yugoslavia en artificiosas nacioncillas fraccionarias que se quieren homologar a naciones políticas (al menos no todavía, pese a que hay unos cuantos países interesados en que vivamos las veleidades «neofeudales» que insinúa Roca Barea). En todo caso, lo que ha cambiado es su identidad: de ser una nación histórica integrada en el imperio regido por la Monarquía Hispánica, España ha pasado a ser una nación política moderna, según el canon posterior a la Revolución Francesa, y especialmente el de la Constitución de la Nación Española de 1812 (otra de las grandes ausentes en el relato de Roca Barea). En eso se diferencia del Imperio Romano, que feneció disolviéndose en los feudos medievales, convirtiéndose su legado en una suerte de

«genotipo» inmerso en diversos ámbitos actuales (jurídicos, lingüísticos, &c.), mientras que el Imperio Español como tal no feneció, sino que se transformó en una identidad distinta que aún continúa, y cuya unidad se remonta a la Hispania romana... Reducir las relaciones entre Hispanoamérica y España, y ambas respecto al fenecido Imperio Español, a un «ataquillo de orgullo» que sufren los españoles de ambos hemisferios de cuando en cuando, demuestra cómo la psicologización de toda la temática respecto a los imperios campa ya hace mucho por sus respetos a lo largo de esta desigual obra...

Y es que el confuso concepto de «imperiofobia» pide fenecer cuando se termina el imperio: muerto el perro (el imperio) se acabó la rabia, o esa rabia ya permanece como un residuo inofensivo; de ahí que para explicar el fenómeno de la Leyenda Negra en la España actual, una vez que le niega su carácter idiográfico, afirme Barea que «Las naciones y las religiones que se formaron contra el Imperio español no pueden prescindir de la leyenda negra porque se quedarían sin Historia. Y una vez muerto el imperio, la leyenda negra se transforma de manera suave y natural en el mecanismo que hemos llamado chivo expiatorio. [...] El mundo protestante necesita culpables, enemigos, un diablo que explique lo que va mal, como toda corriente histórico-ideológica que nace contra algo. Es un mundo moralmente dual. Los nacionalismos funcionan de la misma manera. Esto en la mentalidad católica no se ve ni se comprende, porque el catolicismo no nació ni se ha mantenido contra algo» (474).

Verdadero ejemplo de vulgaridad y análisis de brocha gorda: ¿es que acaso las naciones hispanoamericanas, de tradición marcadamente católica, no protestante, no sostienen en su ideario fundacional, incluyendo instituciones tan significativas como sus himnos nacionales, una idea negroleendaria, donde la presunta perversidad de la dominación española durante trescientos años funciona como chivo expiatorio de sus miserias y fracasos (el famoso «¿Cuándo se jodió el Perú?» al que alude Roca Barea a partir de la página 325 de su obra)? O como reconoce literalmente: «Casi dos siglos después de la independencia, el hábito de achacar a la "colonización" española el fracaso económico de las naciones de Sudamérica sigue intacto. Habría que emprender un proceso de autocrítica muy sereno, que pocos están dispuestos a hacer, para bucear en las causas de los problemas de Hispanoamérica. Es mucho más sencillo y más cómodo culpar al Imperio español, que después de haber encarnado al Anticristo, tenía ya una larga experiencia asumiendo culpas propias y ajenas» (317-8).

Además, el mundo protestante anglosajón, «la raza anglosajona», como bien reconoció Roca Barea anteriormente, «es la que domina el mundo, no desde el siglo XIX, sino desde mucho antes, y es ella la que arrebató el cetro del poder mundial al español» (343-4), por lo tanto no necesita ningún chivo expiatorio de nada, porque sencillamente su éxito es la «prueba» de su bondad: el protestante, como diría William James, confirma en sus actos exitosos que ha sido predestinado por Dios. Por eso, en la propaganda oficial nunca se

enseñan los defectos de cuando estas nacionales anglosajonas, o sus reinos predecesores, estaban ensombrecidas por España, pues se contradeciría con su imagen exitosa de los tiempos actuales. No necesitan chivos expiatorios de un fracaso que para ellos no existe, sino demostrar que su éxito era algo que estaba predestinado en la propia Historia...

Así, dentro de su enrevesada explicación, afirma Roca Barea que «La leyenda negra nace como un prejuicio imperiófobo, pero se mantiene después por la razón antes explicada y porque, transformada en chivo expiatorio, se muestra extraordinariamente útil y rentable ante cualquier dificultad sobrevenida, como la crisis que arranca en 2007» (476). Disparate muy bien resumido en una sola frase: que la Leyenda Negra en su génesis es un prejuicio imperiofóbico más, pero que luego se mantiene también como un prejuicio de los países protestantes y anglosajones frente a los países mediterráneos y latinos. Con lo cual todo queda subsumido en un magma impenetrable, un potpurri semejante al de Ricardo García Cárcel, donde es lógico negar la excepcionalidad española: España fue un imperio de tantos que ha sufrido una imperiofobia más. Consecuentemente, el final del libro anega la Leyenda Negra en el tópico que afirma que «los países del Norte, de tradición calvinista y protestante, son cumplidores, laboriosos y exigentes con la moral. Los del Sur, en cambio, son corruptos, vagos, malos socios y malos pagadores» (457). Pero esta referencia no es del discurso negrolegendario, sino de los prejuicios herederos del siglo XIX, en pleno Romanticismo, que consideran a los pueblos anglosajones superiores a los pueblos latinos.

No es de extrañar, en buena lógica, que Roca Barea aparentemente se contradiga al finalizar su libro, señalando que «lo que se puede ahora es la Unión Europea. No hay por lo tanto más remedio que colaborar activa y lealmente para que ese monstruo de Frankenstein [sic] que es la Unión perdure y funcione bien. Pero esto hay que hacerlo sin papanatismos y sin perder el norte de los propios intereses. La Unión Europea debe servir para crear un espacio de convivencia donde puedan habitar en paz, prosperidad y solidaridad pueblos muy diversos, y no para que unos prosperen a costa de otros, logrando por medios poco éticos y poco visibles una hegemonía que por otros procedimientos no lograron» (476).

Y es que Roca Barea, pese a su por momentos notable libro desmitificador, en aras del presentismo, se ha tragado el mito de la «Europa sublime» que tanto denunció Gustavo Bueno (Bueno, G., 1999, 391-5), encarnada en el ideario de la Unión Europea, al igual que cree fervientemente en la *universitas christiana* de Erasmo como proyecto de unidad europea, que el protestantismo arruinó, según ella: «La idea de una Europa unida era demasiado nueva y demasiado vieja. Triunfaron la razón de Estado, la monarquía absoluta y las naciones. En definitiva, la fragmentación y no la unidad. El protestantismo fue la carga principal de dinamita con que se voló este proyecto prematuro de unidad europea. Entiéndanse bien las causas y los efectos. No es que este fracasara porque apareció el problema del protestantismo, sino que el protestantismo surgió para que este proyecto no triunfara. Los bueyes no deben ir detrás del carro» (163). Verdadero camelo que intenta

camuflar lo que ha sido siempre el continente europeo: una biocenosis o jungla de estados, lucha de diversos intereses («voluntades de poder», por seguir el hilo de Roca Barea) donde nadie ha podido imponer su paz al resto; de hecho, solamente mediante terceras potencias, Europa ha vivido en una paz duradera, ya sea la *pax sovietica* o la *pax americana*, en la que hoy nos encontramos inmersos. Lo que ahora vivimos es el intento, cada vez más irresponsable, de un eje francoalemán desesperado por pintar algo en el mundo, alimentando gratuitamente fenómenos como la crisis de los refugiados.

De hecho, la propia autora reconoce que cuando «llegó la crisis de 2007 nos convertimos en PIGS, esto es, directamente en cerdos o en GIPSY, que es algo más pintoresco» (476). Esa caracterización, sin embargo, ya no es negrolegendaria, puesto que las siglas de PIGS incluyen a países como Portugal, Italia y Grecia, que no son ajenos a la proliferación y difusión de la Leyenda Negra que se ha cernido secularmente sobre la última sigla del acrónimo, España (de ahí la constante confusión de las tesis generales del libro). Y todos ellos son parte de esa Europa real, en la que no cabe hablar de paz, prosperidad ni solidaridad, sino de saber defender nuestros intereses («sin papanatismos y sin perder el norte de los propios intereses», por parafrasear a la autora). Muy sintomáticamente, Roca Barea ni menciona la plataforma hispánica como alternativa a seguir por España frente a la «Europa sublime» que tanto le embelesa; como decimos, para la autora las relaciones entre Hispanoamérica y España son simples «ataquillos de orgullo»; ni tan siquiera plantea algo tan sencillo como no pagar la deuda y dejar de vivir del maná francoalemán para ponernos a trabajar de verdad...

Así, este ensayo de grandes virtudes presuntamente en defensa de España, culmina con un final consecuente con su constante disparar sin apuntar, de apelar a un fantasma que presuntamente recorre la Historia, la imperiofobia, donde España, caracterizada como una suerte de «voluntad de poder» que conformó la primera globalización, se vio atacada por una *intelligentsia* inventora de unos prejuicios imperiofóbicos que, pese a que el Imperio desapareció, misteriosamente aún perduran.

6. BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bueno, G. (1999). *España frente a Europa*. Barcelona: Alba Editorial.
- Bueno, G. (2012). *Identidad y Unidad* (y 3), El Catoblepas, 121, 2.
- Feijoo, B. J. (1777). *Teatro crítico universal o discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*, Tomo 3. Madrid: Real Compañía de Impresores y Libreros.
- García Cárcel, R. (1998). *La leyenda negra. Historia y opinión*. Madrid: Alianza Editorial.
- Juderías, J. (1917). *La Leyenda negra*. Barcelona: Editorial Araluce.